

ESTAMPAS DE SEMANA SANTA

El Viacrucis de San Francisco y las antiguas tradiciones granadinas

Todos los viernes de Cuaresma a eso de las cuatro de la tarde, la imagen de Jesús Nazareno de la iglesia, se llevaba en procesión desde aquí hasta la iglesia de Guadalupe. El viacrucis de San Francisco de aquel tiempo presentaba una especie de encanto sobrenatural para la chiquillería que la presenciaba; y asimismo, una sencilla y reverente manifestación del pueblo granadino, el cual mostraba en esas tardes de Cuaresma, el fervor y la sinceridad de sus creencias religiosas heredadas de sus antepasados.

La imagen de Jesús con la cruz a cuestas, llevada en andas, iba adornada con sargas de flores llamadas en la ciudad burriquita y a estas flores aludió el poeta, granadino Adán Vivas en su poesía sobre "Este Viacrucis"; y describiendo dichas flores dice así:

"De una flor sobre todo
que huele a relicario,
de un color encendido
de ladrillo quemado,
pequeña y abierta
cual coralino grano,
se hacían cadenas
para el Jesús de palo.

Las hornacinas del muro, a lo largo del muro de la calle, se adornaban esas tardes con estas moradas y aromáticas florecitas, con racimos de las de la palmera de Corozo, estas de color amarillo y fuerte aroma, y de otras clases de flores. También se adornaban las casas frente a las calles por donde pasaba la procesión, erigiéndose, además altares provisionales para rezar las estaciones de Viacrucis.

El color amarillo subido de las flores de Corozo, el morado rojizo de las burriquitas, el blanco nítido del Jazmín, el rosado de las rosas de Jericó mezclados estos al verde de las ramas de Pacaya y de las hojas de Plátano, formaban un cuadro de maravillosa combinación, y su brillante colorido, realzado por los rayos del sol de esas tardes, proyectaba haces de luces sobre las hornacinas y los altares, contribuyendo con ese espléndido y caprichoso jugo a poner de relieve la faz del Nazareno al recibir ésta en su resplandor de oro y plata, los radios lumínicos; mientras la fragancia de las flores y el humo del incienso, inundaban el am-

biente del barrio de San Francisco.

En cada una de las catorce estaciones, cuando se rezaban las preces rituales, la concurrencia se arrodillaba sobre el suelo de la calle cubierto éste de pétalos de rosas y de maíz y trigo tostados, formando una especie de vistosa alfombra tendida a lo largo de la calle y la humilde orquesta, dejaba oír, suavemente, las notas del Miserere.

El Viacrucis salido de San Francisco, después de recorrer varias calles entraba a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe cuando el sol va trasmontando el horizonte y las primeras sombras de la noche empezaban a caer sobre la ciudad.

La hora de las tinieblas. El descendimiento de la Cruz. La Procesión del Santo Entierro

A las tres de la tarde del Viernes Santo se celebra en San Francisco con toda solemnidad, primero, la "Hora de las Tinieblas" y seguida a ésta la del Descendimiento de la Cruz.

A la hora dicha, en día que generalmente cae en Marzo o en Abril, los meses más calurosos del año, se cerraban herméticamente todas las puertas del templo y se apagaban los cirios que ardían en los altares, quedando el recinto oscuro y silencioso. En el Presbiterio se armaba un escenario donde se encontraba la imagen del Crucificado, cubriéndola con un telón que servía de velo. Y a esa misma hora -las tres de la tarde- se rasgaba el velo, en medio de la obscuridad del templo produciéndose de súbito, gran ruido fenomenal de matracas, resonando por todo el recinto, así como otras clases de instrumentos para hacer ruido, llevados por los muchachos al templo en esa tarde. Algunos de éstos, que no tenían ni matracas ni otro instrumento, se valían de piedras para golpear con ellas los portones del templo, a fin de hacer más estruendoso el ruido. A esa misma hora, subía el sacristán al campanario a tocar la matraca grande que allí se conserva.

Terminado el descomunal ruido y roto el velo, se procedía a descolgar de la cruz la imagen del crucificado, imagen que se colocaba en una hermosa urna de vidrio. Enseguida, subía el sa-



cerdote al púlpito a rezar el Rosario en alta voz, acompañado de los fieles allí reunidos. Concluido el Rosario, el mismo sacerdote y otro prelado, pronunciaba el sermón llamado del Descendimiento.

Después de 1880, no tuvo Granada lo que propiamente hablando, pudiese llamarse orador sagrado. Antes de esta fecha, hubo dos: el Padre Agustín Vijil, granadino y el sacerdote español doctor don Pedro Sáenz Llaría.

El sermón del Descendimiento terminaba poco más o menos a las cuatro de la tarde, hora en que se iniciaba la celebre procesión del Santo Entierro, procesión que en años pasados fue la más solemne, rumbosa y concurrida de todas las otras de Semana Santa.

A esta procesión asistía casi todo el vecindario acompañando al Sepulcro en su recorrido por las calles hasta su regreso a la misma iglesia de San Francisco.

El Alcalde de la ciudad, entonces autoridad de importancia comunal, asistía acompañado de otros funcionarios municipales. Este funcionario era en aquella época, vecino de importancia en la ciudad y para asistir a la procesión del Santo Entierro vestía de etiqueta, portando el bastón con borlas rojas, insignias de su cargo.

Al grupo del Alcalde se agregaban los empleados de los otros poderes de la república y los militares, éstos vestidos de unifor-

me de gala.

En las esquinas de las casas por donde pasaba la procesión se formaban grupos de gente, así como en las puertas de las casas; y en algunas aceras se colocaban sillas para la familia de la misma y a las visitas que llegaban allí a presenciarla.

Al pasar la imagen del Cristo yacente dentro de la urna de vidrio, todo el mundo se arrodillaba. Los granadinos de aquella época, eran, por lo general, respetuosos durante esas ceremonias religiosas.

Por otra parte, se veía en la concurrencia masculina, despliegue de levitones negros y sombreros de copa, y mucha de esta indumentaria pasada de moda; pero todos los así trajeados, autoridades y particulares, caminaban en las filas de la procesión muy serios y respetuosos.

Era costumbre que las autoridades civiles y militares, se colocasen en las primeras filas delante del Santo Sepulcro y detrás del mismo, la Banda Marcial, acompañada de una compañía de tropa, con pabellón nacional y armas a la funerala. A la cabeza del primer grupo iba el Guión de plata.

Frente a la urna, iban tres jovencitas, vestidas de blanco y coronadas de azahares, representando a las tres Marías. Una, llevaba en un paño blanco, la corona de espinas; y las otras dos, los clavos.